

el libro largo, a pesar de sus 592 páginas grandes y de compacta lectura. Y como también lo malo debe tomarse en veces, dejo para otro *Lunes* esta agria prosa mía, y entonces acabaré de decir lo que me había propuesto acerca de libro tan solicitado por innumerables lectores de Europa y de América.

(De *Palique*.)

III

EL MORALISTA

CAPITULO ANTONSIA
BIBLIOTECÁ UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

En su folleto Un discurso, en varias páginas, ya citadas, de Ensayos y revistas, ha expuesto Clarín ese espiritualismo suyo de que hablábamos en el prólogo. Añadamos que para el estudio de este aspecto de Clarín hay que tener en cuenta el elemento importantísimo de los cuentos. Alas se sentía atraído por Renan; sobre Renan pensaba él haber escrito ampliamente. Pero, ¿veía Alas en Renan al escéptico delicado que juega con las ideas, al mariposeador de filosofías, al nihilista, en suma? No; de Renan lo que tomaba Alas era la espiritualidad, el sentido humano, comprensor, desinteresado del mundo y de los hombres. Aunque otra cosa parezca, se desprende del gran escritor francés, por encima de su escepticismo, una preocupación religiosa, que es lo que a Clarín le subyugaba. Esta finura, esta delicadeza, esta ironía tenue, este decir y sentir de modo tan sutil, tierno y elegante, ¿qué son sino marcas indelebles de un espíritu profundamente religioso? Y ¿de qué manera podrán estar en quien no sienta como religión, el sucederse de las cosas? Pues comparad la sutilidad y delicadeza —verdaderamente maravillosas— de Leopoldo Alas en sus pinturas de escenas y paisajes.

LA RESTAURACIÓN IDEALISTA

LO que va sucediendo en nuestra sociedad española con los *intereses religiosos y morales*, se parece a lo que allá en Bélgica aconteció cuando el partido liberal luchaba por imponer a los católicos la secularización de la enseñanza primaria. M. Goblet d'Alviella, antiguo miembro del Parlamento belga, refiere que el cardenal Deschamps tuvo por entonces una conversación con un personaje oficial, masón, que se dejó convencer por el Prelado, que decía ser imposible en las escuelas la *neutralidad religiosa*, comprometida del mismo modo si se hablaba del cristianismo que si no se hablaba. Cuando apareció el programa de enseñanza histórica, donde no se decía palabra del cristianismo, el mismo Cardenal escribió: «Esto es, no sólo una necedad, sino una estupidez». Ciertamente: y a una estupidez por el estilo tienden nuestras costumbres actuales, que han hecho hasta de buen tono, y como signo de distinción, esa *neutralidad religiosa* que consiste en no hablar nunca de las cosas de *tejas arriba*, ni siquiera de lo religioso en lo que tiene de asunto de *tejas*

abajo. Este es el mejor término medio que se ha sabido encontrar para huir de los dos extremos viciosos que se pueden cifrar en *El liberalismo es pecado*, y en el *¿Puede un católico ir a la Exposición de París?* por el lado de los fanáticos a la antigua, y en las lucubraciones de *El Motín* y de *Las Dominicales*, por el lado de los fanáticos a la moderna.

Malos, sí, muy malos son los extremos; pero el término medio de la *neutralidad social* es ridículo, falso, insostenible. Que en esta España, que ha vertido tanta sangre, propia y ajena, por la Religión católica, de la noche a la mañana dejemos de pensar en el catolicismo, y en general en toda religión positiva y aun en toda religión; que cada cual guarde sus creencias para el retiro de su alcaoba, como si fuesen enfermedades secretas, y ante el mundo practiquemos la tolerancia de la *neutralidad* de la escuela belga, que consiste en prescindir del cristianismo en la historia, mutilando el espíritu propio y ayudando a la mutilación de los demás espíritus..., es absurdo; es una pretensión grotesca que, como se saliera con la suya, convertiría a los españoles en una clase de africanos bastante temibles.

El *laicismo* general, predicado y aplaudido así como suena por los *liberales a la violeta*, corre parejas en materias religiosas con el *romancismo* de los antihelenistas y antilatínistas en materias de enseñanza.

La tolerancia universal, la verdadera *secularización religiosa* no ha de ser negativa, pasiva, sino positiva, activa; no ha de lograrse por el sacrificio

de todos los ideales parciales, sino por la concurrencia y amorosa comunicación de todas las creencias, de todas las esperanzas, de todos los anhelos. Mientras llamamos todos en materia religiosa, no aprendemos a ser tolerantes; como no aprende esgrima el principiante mientras no hace más que mirar al maestro, puestos ambos en guardia; para aprender, han de chocarse los aceros. Una sociedad es tolerante cuando todas las creencias hablan y se las oye en calma; no cuando hay esta calma porque callan todas. Sobre todo, en nuestro país, huir del *problema religioso* por el silencio, por el *non ragonar di lor*, es imitar al avestruz, que huye del enemigo escondiendo la cabeza en la arena. El pensamiento libre en España debe recordar que no lleva vencido al tradicionalismo autoritario por la fuerza de las razones, sino por la fuerza de los hechos. Compárese la fuerza del pensamiento que España ha consagrado a su religión secular con la que ha dedicado al libre examen, y se verá que la desigualdad es enorme.

No basta contar con lo que se ha pensado en otras partes, con la victoria debida, casi pudiera decirse, a la *rotación del progreso*. Contra esta clase de argumentos salen de vez en cuando gritos elocuentes de protesta, en los que parece que palpita el alma nacional ultrajada, desconocida por lo menos, enterrada en vida. No bastan la desamortización y Espartero, y después Martínez Campos, para hacer tabla rasa de la idea que se supone vencida y aniquilada. Además, todo lo que sea sarcasmos contra la decrepitud tradicionalista, contra su debilidad y derrota, son sarcasmos con-

tra la memoria de un padre. Aprendamos de los chinos, no la inmovilidad, sino el respeto a los ascendientes. Si yo por el pensamiento libre soy hermano de todos los liberales del mundo, soy hermano de todos los católicos por mi españolismo.—Los que son capaces de convertirse, a fuerza de abstracciones fabricadas con odio, en enemigos verdaderos de los fieles de la Iglesia, vienen a ser creyentes al revés, como los poetas blasfemos, pues miran en la tradición religiosa, católica, no una obra puramente humana, que revela infinitos sacrificios, mares de amor y de inteligencia, y de energía, sino la obra de un poder sobrenatural aborrecido, de un demiurgo contrario a la propia idea y a las propias pasiones. Los que persiguen con rencor, que sería cómico si no fuera repugnante, a los partidarios del cristianismo histórico, conservan, sin darse cuenta de ello, respecto de su teología y teogonía, supersticiones negativas, como las de aquellos cristianos primitivos que veían sin querer en sus enemigos *Júpiter* y *Venus* dioses falsos..., pero dioses.—Nuestros librepensadores confesos, debieran pensar que para ellos el Dios de los católicos no debe ser un Dios enemigo, sino un esfuerzo vigoroso del espíritu humano, del espíritu humano trabajando siglos y siglos en las razas más nobles del mundo; una idea que progresa a través de símbolos y confesiones teológicas y morales. Desde este punto de vista, yo no concibo un buen español, reflexivo, que se considere extraño al *catolicismo* por todos conceptos. ¡Ah!, no; sea lo que sea de mis ideas actuales, yo no puedo renegar de lo que hizo por mí Pelayo

(o quien fuese), ni de lo que hizo por mí mi madre. Mi *historia natural* y mi *historia nacional* me atan con cadenas de realidad, dulces cadenas, al amor del catolicismo... como obra humana y como obra española. Yo todavía considero como *cosa mía* la catedral labrada y erigida por la fe de mis mayores; en ella penetro sin crearme profano; yo no escucho allí la voz de Mefistófeles que me dice: ¡Oh, tu *non dei pregar!* Rezo a mi modo, con lo que siento, con lo que recuerdo de la niñez de mi vida y de la infancia de mi pueblo; con lo que le dicen al alma la música del órgano y los cantos del coro, cuya letra no llega a mi oído, pero cuyas melodías me estremecen por modo religioso; mi espíritu habla allí para sus adentros una especie de glosolalia que debe de parecerse a la de aquellos cristianos de la primera Iglesia, poco afeccionados todavía en las afirmaciones concretas de sus dogmas, pero llenos de inefables emociones. Sí: hoy el alma independiente, pero religiosa, llega a una *glosolalia*, mística a su modo, que se traduce en el *dialogismo* optimista y contradictorio de Renan, en el amor a la música de Schopenhauer, en la presencia de lo *indiscernible* en el alma, de Spencer, y en tantas y tantas formas de la poesía moderna, cuyos anhelos, cuyas vaguedades, cuyas contradicciones, cuyos *nefandos contubernios* de *misticismo* y *naturalismo* puede censurar y reducir a polvo tan fácilmente cualquier mediano crítico, con tal que sea de alma fría, que él llamará templada. Cabe no renegar de ninguna de las brumas que la sinceridad absoluta de pensar va aglomerando en nuestro cerebro, y dejar que los

rayos del sol poniente de la fe antigua calienten de soslayo nuestro corazón. Todo el pasado bien valé una misa. Y adviértase que no hay más que un modo de decir misa; pero hay varios modos de oirla. Cuando en el altar se eleva la Hostia, el creyente al pie de la letra, ve el cuerpo de Jesucristo; otros creyentes que hay de otro modo, ven a Jesús en la última cena, y a San Juan, el discípulo amado, que apoya su cabeza en el hombro de Jesús, y de Él recibe el pan que ata los corazones; y ven a San Pedro que, al separarse del Señor pocas horas después, para siempre, queda con la obsesión de su resplandeciente imagen grabada en el cerebro para toda la vida, y la ve flotar en las nubes, y resbalar en Genezaret sobre las aguas.

Y más ve y más oye el que oye misa bien; ve la sangre de las generaciones cristianas; y el español ve más: ve la historia de doce siglos, toda llena de abuelos, que juntaron en uno el amor de Cristo y el amor de España, y mezclaron los himnos de sus plegarias con los himnos de sus victorias. Separar la *Iglesia del Estado*, eso se dice bien; y se hace, pero con una condición: que el Estado no tenga otro nombre propio ni la Iglesia más apellido; pero si ese *Estado* es España a los cuatro días de sus guerras civiles, y la Iglesia, la que tiene por patrón a Santiago, entonces el buen gobernante debe procurar no hender el añoso árbol; no dividirlo con hacha fría y cruel..., porque se expone a que las mitades, violentamente separadas, se junten en choque tremendo y le cojan entre fibra y fibra. Es mejor injertar que todo eso.

Injertar en la España católica la España liberal, no consiste en falsificar la libertad, ni en corromper a los católicos por el soborno del presupuesto repartido. Tampoco se trata de una obra de seducción páfida, de una propaganda inoportuna en terreno mal preparado; se trata de practicar de veras la tolerancia; de respetar las antiguas ideas y los sentimientos que engendran, y hasta de participar de esos sentimientos, por lo que tienen de humanos y por lo que tienen de españoles.

La obra que se propuso un hombre de Estado español, el Sr. Cánovas del Castillo, al atraer al campo liberal las huestes del tradicionalismo, era algo más transcendental en su pensamiento, tal me complazco en creer, que una mera astucia estratégica para dividir al enemigo; su propósito quiero creer que era demostrar a los llamados carlistas que, al hundirse bajo sus plantas el antiguo régimen, lo que se hundía no era el suelo de la patria; que patria seguirían teniendo los vencidos, como si fueran vencedores, en esta España, que si cambiaba de rumbo, no renegaba de sus tradiciones, no olvidaba su historia, ni desconocía a los hijos que amaban por excelencia el pasado. Pero si esta idea que piadosamente atribuyo al Sr. Cánovas, y de la que le creo muy capaz, era buena, era justa, era grande, los medios de que se valió para aplicarla a su política fueron torpes, contraproducentes aun más que inútiles; y el trabajo encomendado principalmente al fogoso, pero falso tribuno católico, D. Alejandro Pidal, no fué por éste comprendido sino de manera pedestre, mezquina, indigna del alto propósito: creyó que se trataba de

dar colocación a los carlistas que la guerra concluída dejaba desocupados; creyó que se trataba de repartir un botín, cuando lo que había que hacer era compartir un derecho.

Los elementos más sinceramente tradicionalistas rechazaron la humillante transacción, y en vez de acelerar una solución de concordia y olvido, que cada día va siendo más urgente, lo que se consiguió fué exaltar el punto de honor de muchos buenos españoles, que fácilmente pueden convertirse en peligrosos ciudadanos, a poco que se les hurgue y moleste.

Se quería unir al cuerpo de la patria un miembro que por culpas propias o ajenas venía separándose de ella más y más cada día; y lo que se consiguió fué subdividir ese miembro en partes, que se arrojaron una contra otra en implacable guerra.

De aquí nació una *literatura* político religiosa verdaderamente deplorable. La mayor parte de los incorruptibles, que no contaban para animarse a la lucha más que con su fe y su entusiasmo, alimentaron el fuego de este espíritu con excesos de retórica y de lógica, con paradojas e hipérbolas de su creencia intransigente, que muchas veces iban a dar al olvido de toda caridad humana. Si no era, ni es (puesto que sigue) muy edificante este espectáculo, menos lo parece el que dan los enemigos de enfrente, los llamados mestizos, entregados casi siempre a miserables comedias, en las que falta el espíritu de la verdadera fe, sin que asome el de la libertad en nada. Místicos que, en vez de rezar, solicitan empleos de los aborrecidos

masones, y llenan lo que debiera ser remedo de la mística ciudad de Dios, de caciques y prestidigitadores electorales, no valían el trabajo de conquistarlo, con el pan ázimo del presupuesto; y en este punto el Sr. Cánovas debe dar su obra por fracasada. Pues los tales místicos y los otros, intransigentes e irritados por la traición y el común desprecio y los sarcasmos de muchos que se llaman liberales, y creen que es pensar libremente insultar a los vencidos, se dividen el campo de la prensa llamada católica; y en vez de elocuentes gritos de angustia, vigorosos arranques de protesta, poéticas *saudades* de la España perdida, de la España puramente católica, se escuchan recriminaciones, insultos, vulgaridades lanzados de uno u otro dogmatismo de política callejera; todo ello en el lenguaje absurdo de la moderna germanía política y periodística, en la que las palabras no significan más que vagas, incoloras abstracciones, a no ser cuando se cuajan en algo concreto para ser signos de alguna grosería.

En medio de estas tristezas literarias, que son reflejo fiel de la vida mezquina, pobre y débil de los espíritus, ambiente gris y frío en que ponen tintas y frialdades lo mismo los partidarios del pasado que los que dicen esperar algo del porvenir, consuela el alma de los que imparcial y amorosamente atienden, reflexionando, al movimiento intelectual de nuestra España, tal cual voz que de tarde en tarde despierta los ecos dormidos de la simpatía estética, con notas de sinceridad, fuerza y pureza y seriedad de ideas.

Ya he dicho muchas veces, hablando de nues-

tra poesía, por ejemplo, que en España, ni las ideas nuevas, ni las que van al acaso, o ya han entrado en la noche, cuentan en la juventud con entusiastas amantes que las canten o las lloren; no tenemos poetas jóvenes, propiamente poetas; y siendo España quien es, es más de extrañar, y acaso más de sentir, que de la tumba de tantas grandezas perdidas, de tantos ideales enterrados, no salga la voz rediviva, y encarnada en un Leopardi a la española, creyente en su tristeza, que nos cantase a su modo, al ver nuestros progresos pegadizos, la melancólica queja:

... *ma la gloria non vedo;*

la voz de nuestro genio nacional, no sé si agotado, no sé si falto de ambiente propio en la moderna vida. No existe ese poeta de la España que fué, y, para mayor desgracia, tampoco abundan los prosistas que con toda sinceridad, pureza, discreción, fuerza de sentimiento y pensar reflexivo, serio, ilustrado, defiendan las doctrinas que en otro tiempo tanta elocuencia arrancaron a las plumas castizas españolas, y que en otros países, mucho menos católicos que el nuestro, tuvieron por paladines, en una u otra forma, en uno u otro sentido, a hombres como Bonald y De Maistre, Lamennais, Capani y tantos otros.

Menéndez y Pelayo, que al principio de su gloriosa carrera literaria podía ser considerado como un hombre de estas tendencias, como un defensor de esos ideales, es hoy muy otra cosa; y en la serenidad a que su altísimo talento le ha llevado, ni olímpica ni imitada de ningún *pagano*, grande ni

chico, en la serenidad de su crítica y del espíritu que la anima, no podemos ver cosa que corresponda directamente a lo que estoy echando de menos.

No: ningún nombre famoso en España suena hoy, respondiendo al anhelo que han de sentir muchas almas, de que haya quien en las letras represente con vigoroso esfuerzo las doctrinas y los deseos antiguos, caros a muchos todavía.

Pues, a falta de esos nombres resonantes, digo que consuela encontrar libros como el titulado *La Unidad Católica* (estudios histórico-canónicos), en que su autor, D. Víctor Díaz Ordóñez, catedrático de Derecho eclesiástico en la Universidad asturiana, nos da la flor y el fruto de una fe noble, entera, incólume; espectáculo cada día más raro y para mí agradabilísimo, lleno de ternura; de una fe ilustrada y no pedantesca, de un espíritu escogido y no orgulloso, de una ciencia cristiana no anticuada y manida, sino fresca, viva, llena de las emanaciones saludables del aire libre.

Muchos falsos librepensadores, que en España achacan al Catolicismo, en general, grandes defectos que encuentran en muchos de los escritores católicos de España, debieran fijarse en que cometen con esa religión tan respetable una injusticia, tan solemne como la que cometiera quien juzgase de la ciencia heterodoxa por los disparates y desplantas de esos librepensadores falsos a quien me refiero.

Fuera de España, el Catolicismo lucha hoy con las armas modernas; se reconoce, para las condiciones exteriores de la lucha, como uno de tantos

beligerantes, y procura, sin contar con privilegios que sean ventajas políticas, buscar la superioridad en su valor intrínseco. Aun entre nosotros, algunos ejemplos tenemos de este Catolicismo, que fuera de aquí representan, v. gr., en obras recientes, el Dr. José Kopp, de Viena, y el abate Fremont, de París: algunos de los escritos, no todos, del P. Zeferino (el de la hermosa *Retirada de los arzobispados*), son muestras elocuentes de ese Catolicismo, que, sin dejar de ser tan puro como el que más, usa las artes de combate de la vida moderna, en condiciones de igualdad, sin exageraciones ni imposiciones que sean una perpetua petición de principio.—*La Unidad Católica* del Sr. Ordóñez es un libro que corresponde de lleno a esta simpática literatura. La más absoluta inteligencia en la doctrina y la más exquisita sinceridad y flexibilidad en la forma. Es que, ante todo, el Sr. Ordóñez es un cristiano muy bien educado. La cualidad que apunto como gran mérito, es mucho menos común de lo que parece. La buena crianza del Sr. Ordóñez tiene una base firmísima y honda en la caridad. No es su trato de forma exquisita, por bien parecer, por tener gracia, por ganar amigos, por suavizar las asperezas de la vida en el roce con las gentes: lo es porque una de las formas más eficaces, y de efectos constantes y positivos, de la caridad, consiste en el trato fino, obsequioso; porque a la mayor parte de nuestros semejantes no tenemos ocasión ni medios de hacerles más favores que el de portarnos como cumplidos caballeros en las someras relaciones accidentales que la sociedad procura. Hay muchas gentes que descui-

dan este aspecto del bien obrar, y reservándose ser héroes de la abnegación en algún caso de mucho apuro, que muchas veces no llega, son, en las menudencias de la vida ordinaria, es decir, en lo más frecuente y práctico, insoportables erizos o icosaedros, llenos de puntas o de ángulos.

El libro del Sr. Ordóñez tiene su primera gracia, que trasciende a su elemento literario, en esta forma cortés, sencilla, sin sorpresas desagradables de temperamento fogoso erigidas en dogmas. En todo libro español, esto es un gran mérito; en libro de controversia político-religiosa, un mérito mayor; en libro de ideas *absolutistas* (perdone el autor el epíteto impropio) que van de vendida, es un mérito máximo.

He dicho un libro de controversia, y el que examino apenas lo es. Es más bien una elegía con argumentos. Por eso, sin dejar de ser científica, es *La Unidad Católica* obra por excelencia literaria, y por eso, ni más ni menos, hablo yo de ella.

Para *defender* su idea, *La Unidad Católica*, el Sr. Ordóñez ni se entrega a las *flores de cura* del jardín retórico-místico, ni a las filosofías político-escolásticas, que tanto abundan en libros que todos conocemos; sus razones y su elocuencia las saca de la historia. En efecto: causas como la católica, tienen en la historia su mejor defensa; y si se trata del Catolicismo, como ley social de España, al pasado, sobre todo, hay que volver la mirada para encontrar argumentos sustanciosos.

Pero la historia que el Sr. Ordóñez conoce y aprovecha no es la de tantas fuentes vulgares, y no muy puras las más de ellas, que suelen servir

para sacar de apuros a eruditos improvisados de uno y otro bando; no: el Sr. Ordóñez utiliza para su libro, y por eso lo escribe, los estudios serios, metódicos, prolijos y reflexivos de toda una vida que ahora llega a su madurez, consagrada a una vocación exclusiva, con entusiasmo y hasta celo religioso abrazada. Nosotros, los que hemos tomado a nuestro cargo combatir en público ciertas hipocresías y farsas literarias y sociales de todos géneros, y por esto mil veces tenemos que burlarnos de la mentida piedad de un muchacho listo que se aprovecha de la fe cristiana de sus paisanos para especular con ella en la comedia política; nosotros, los que hemos dicho pestes del catolicismo a la Tartuffe de ciertos fogosos oradores, tenemos obligación de detenernos a considerar y alabar a los verdaderos creyentes, que huyendo de las ventajas materiales que todavía procuran en España los credos a la Tamberlick, ante el público del teatro Real cantados, se recogen a la soledad de su modestia y de sus creencias pudorosas; y si por una parte no buscan el aplauso de las Poppeas de bombonera y del *five o'clock tea*, por otra desdennan o perdonan los desdenes del vulgo liberalesco, y se atreven, no a ostentar, sino a sostener sus ideas viejas ante un público hostil, o, lo que es peor, indiferente, y en su ignorancia intolerante. ¡Ideas viejas he dicho! ¿Habrá cosa más anticuada que el liberalismo superficial, cruel, desmadejado, incongruente, que profesan muchos que se creen escritores y pensadores? El catolicismo y su política tradicional, clásica, lógica, bien defendida, como hoy la defienden fuera de España algunos,

y como ahora la defiende el Sr. Ordóñez, no es, en rigor, idea vieja, en el sentido de caducidad; no, no es idea gastada, y que no puede ser admitida como beligerante por su debilidad senil. El catolicismo, cuando no es sinónimo de reacción, de imposición doctrinal y política, de intransigencia y ceguera en la polémica, es una de tantas hipótesis sociales, religiosas, políticas, filosóficas y artísticas que luchan legítimamente en la vida espiritual de los pueblos civilizados de veras. El catolicismo tiene sus representantes hasta en las avanzadas de las ciencias naturales, como lo prueban varios respetables sacerdotes, de todos conocidos; los tiene en las avanzadas de las tentativas socialistas, como lo prueban recientes sucesos de los Estados Unidos, y los tiene hasta en las avanzadas de la poesía modernísima, como lo prueba el ya famoso Paul Verlaine, uno de los poetas franceses de las nuevas generaciones más seriamente inspirado, de más ideas y de más armonía; Paul Verlaine, que es católico.

A su modo, y en su esfera, el Sr. Ordóñez, más que por el fondo de lo que sostiene, por la forma en que lo defiende, es un católico de ese género, en cierto sentido nuevo, nuevo sobre todo en España. Por lo pronto, su erudición histórica, a que me estaba refiriendo, da testimonio de este simpático *modernismo*; el catedrático de Derecho canónico de Oviedo ha aprendido a estudiar la historia de la Iglesia, no sólo en la obra muerta de la empalagosa y eterna apologética oficial; ha ido al mundo, a la vida, es decir, al *real* campo de batalla en que la Iglesia ganó sus grandes triunfos con

la sangre de sus hijos y el fuego de su espíritu cristiano. La gloria de la Iglesia la cuenta la historia profana sincera, ilustrada, documentada, hasta filosófica y artística de los modernos historiadores, mejor que los mismos cronistas oficiales, de criterio cristalizado en formas hieráticas. El Sr. Ordóñez conoce la historia, y la utiliza —como la escriben los Thierry, los Taine, los Macaulay, y tantos otros que son gloria de la erudición racional y sabia moderna—; pero también conoce los monumentos de historia y derecho eclesiásticos que han producido Alemania y otros países que seriamente cultivan tales estudios, como lo muestran las obras de los Rohrbacher, Phillips, Walter, Christoffe, Héfelé, etc., etc. Y al par con esta clase de erudición, tiene otro género de ella el Sr. Ordóñez, aquel que mejor había de parecer en un español enamorado de la España tradicional, y en un católico fiel soldado de los sucesores de Pedro; el género de erudición que consiste en haber visto con los propios ojos y haber estudiado, vigilia tras vigilia, las obras de nuestros antiguos sabios clásicos, clásicos en tal materia, desde San Isidoro a Ambrosio Morales y más acá; la erudición que consiste en haber leído y pesado, y comparado, y comentado, y aplicado a su objeto la inmensa doctrina esparcida en las fuentes legales de los cánones, en los documentos pontificios, en las colecciones de los Concilios, en decretales, concordatos, etc., etc. Este lastre, que no se improvisa, que no hubiera podido adquirir el Sr. Ordóñez si hubiera vivido en las sacristías cortesanas y en las redacciones pseudo-místicas; si hubiera consagrado

al estudio de sus documentos pocas horas de cada día, durante pocos años, fué para él tarea insensiblemente realizada; un gran resultado obtenido sin esfuerzo, merced a haber convertido toda su actividad a tal objeto, para él, animado de vivísima fe, agradable, suave y natural como una buena inveterada costumbre. El Sr. Ordóñez se ha encontrado, al cabo de varios lustros de una vida ordenada, modesta, escondida, con un caudal de paz de conciencia en el corazón, y un caudal de erudición racional, metódica, en el cerebro. De estas vidas, de estas sabidurías, salen estos libros, que, aunque estén a cien leguas de nuestras opiniones, se imponen al respeto y reclaman la reflexión y el estudio. No faltará un *liberal* que me diga: ¿de modo que, según usted, ese señor catedrático ha demostrado la necesidad de que volvamos a la *Unidad Católica*?

Liberales del género a que pertenece el que yo supongo que puede hacer esa pregunta, no merecen contestación. Sólo diré, a este respecto, que mi opinión importa muy poco en el asunto de que se trata; es claro que mi opinión es que ni debe ni puede resucitar la unidad católica; pero ¿qué vale esto? Lo interesante es llamar la atención de liberales y tradicionalistas hacia libros como éste del Sr. Ordóñez, en el que muchos sectarios de uno y otro bando tienen bastante que aprender. Los malamente llamados neos pueden aprender cómo la intransigencia en el fondo de la doctrina es compatible con la serenidad, tolerancia y espíritu expansivo de la forma; cómo se pueden defender las ideas antiguas con argumentos y es-

tilo modernos, rejuveneciendo la polémica católica con algo más que arranques tribunicios... de sacristía, con el estudio serio e imparcial de las abundantes y sugestivas fuentes históricas de la ciencia moderna. En cuanto a los contrarios, podrán aprender en la obra del Sr. Ordóñez que el enemigo que combaten, el ideal católico religioso-político, no es cosa tan baladí y arrinconada como muchos se figuran; que muchos de los argumentos con que se pretende aniquilarlo, son falsos, otros frívolos, otros verdaderas calumnias. Si la doctrina política de la Iglesia, según esta interpretación rigurosa, no debe prevalecer, no será ciertamente porque esa Religión, que tantos siglos ha vivido con fuerza y con gloria, sea un tejido de absurdos, un edificio de cartón que pueda derribar de un papirotazo un gacetillero... Hasta para afilar las armas con que se puede atacar mejor la Unidad católica, conviene tener presentes libros como el de Ordóñez.

Además, hay en él algo que a todos los buenos españoles debe tocarnos en el corazón; todo lo que se refiere a las indudables grandezas que tuvimos y que debimos en mucha parte a ese espíritu católico-nacional, que con tanta elocuencia, sinceridad y fuerza sabe evocar el catedrático de Oviedo. Los capítulos de *La Unidad Católica* en que se trata de los tiempos prósperos de nuestra historia pragmática y espiritual; el vii, que se titula *Decadencia de la Europa cristiana y Renacimiento de España*; el viii, titulado *La espada del Catolicismo*, y singularmente el que se consagra al *Siglo de oro*, son trozos de muy selecta literatura, y en ellos,

gracias a la sinceridad y profunda fe, a su sentimiento original y fuerte del elemento estético y moral del Catolicismo histórico, el autor llega a conmovernos, a despertar en nosotros el patriotismo religioso y arqueológico; y allí donde otros muchos no han sabido cosechar más que hojarasca de lugares comunes, hojarasca de otoño, amarillenta y pisoteada, buena para hacernos renegar hasta de nuestro glorioso abolengo, el Sr. Ordóñez encuentra la novedad que traen siempre consigo la verdad de nuevo reflexionada, o la belleza y el amor espontánea y originalmente sentidos.

Sea lo que quiera de los ideales con tanto valor y sin alardes mantenidos por el Sr. Ordóñez, su libro me ha traído a esta situación de ánimo en que escribo, hablando de tolerancia, de patriotismo espiritual, de amor, en el recuerdo común de todos los españoles para todos los españoles...

¡Oh! sí; hablemos mucho de religión, cada cual como la entienda; de la piedad antigua española, herencia de todos; y ya que por los pueblos de más cultura andan corrientes de idealismo renovado y depurado; ya que la filosofía y la historia se juntan para reconocer, una vez más, que el mundo es mucho más misterioso de lo que puede parecer a ciertos boticarios, y que el pensamiento y el corazón de los antepasados valieron mucho más de lo que opinan los asiduos lectores de *Las Ruinas de Palmira* (de las que se han hecho mil ediciones modernas, con variantes); ya que se habla de nueva metafísica y hasta de palingenesis de la poesía de los poetas proféticos y hierofantas, acordémosnos los españoles de que en esa tradición de los

idealismos consoladores y vivificantes tenemos nosotros nuestra gran leyenda: recojamos del fondo de nuestra historia el pensamiento primordial de nuestra vida de siglos, y volvamos con él a esa vida nueva que todo nos anuncia, haciéndolo servir, con las transformaciones que en nuestro espíritu han realizado los elementos nuevos de la ciencia y del arte, en la gran colaboración que se nos pide en este *sursum corda* que por todas partes se anhela.

Pero... no nos engañemos. Nada de esto es popular todavía; según algunos partidarios de tales resurrecciones, no lo será nunca, ni debe serlo. Yo creo que sí debe llegar a ser patrimonio de todos, o de los más, por lo menos, esta anhelada restauración progresiva de la vida ideal, que hoy muchos no pueden comprender más que como una reacción vulgar, hermana de otras cien veces vendidas. Lo indudable es que, hoy por hoy, esta tendencia cuasi-mística a la comunión de las almas separadas por dogmas y unidas por hilos invisibles de sincera piedad, recatada y hasta casi casi vergonzante; esta tendencia a efusiones de inefable caridad que van, como efluvios, de campo a campo, de campamento a campamento, se pudiera decir, como iban los amores de moras y cristianos en las leyendas de nuestro poema heroico de siete siglos; estos presentimientos de aurora, que se vaticina por los estremecimientos de muchas almas, que son como aves que aguardan en vela y con ansia la luz del día, no son signos generales del tiempo, no son fruto que ahora se recoge de antigua siembra; y el que hoy, desde uno u otro par-

tido, confesión, sistema, escuela, o lo que sea, da un paso en este camino de concordia, bien puede contar con que no trabaja para el *gran público*, y necesita caudal de propios consuelos, motivos íntimos de satisfacción, que compensen la frialdad ambiente, la indiferencia con que el coro *mudo* acoge las estrofas de esos cánticos, sin acordarse de contestar con antistrofas, épodos ni cosa parecida.

El libro del Sr. Ordóñez, que, quisiéralo su autor o no, es de los que producen, en los espíritus bien preparados, impresiones de ese género, tendencias a esa *neutralidad estética* que tantos bienes puede traer a la paz del mundo, no causará probablemente ni frío ni calor en los sectarios *incomunicables* de uno y otro campo. Los *amigos* verán el filo del arma, pero se dirán: ¿y el veneno? Los *enemigos* verán la afirmación material, contraria a sus ideas; no verán lo que hay allí que no es de *ningún partido*, aunque el autor quiera otra cosa: la caridad, el olvido de las vanidades del éxito ruidoso, la sinceridad, la fe con su corte de buenas obras... el aroma exquisito, elegante, puro, *virtuoso* del *sueño ideal* de España; aquel sueño que, según creencia tradicional, trajo a España el mismo San Pablo, el visionario del camino de Damasco, y si no, por lo menos, Santiago el ebionita.

Tal vez el mismo autor de esa obra que me ha sugerido todos estos renglones, que no acaban por ser un *examen crítico* (ni falta), extraña algo de lo que va dicho. Pero bástele saber y creer que la sinceridad que él ha tenido para escribir su libro la tengo yo al hablar a mi modo de tan serios

asuntos. La explicación del cómo y por qué una defensa de la unidad católica puede inspirarme a mí estos sentimientos de concordia y de restauraciones idealistas, sería muy larga, exigiría muchas referencias al estado del pensamiento y de la literatura en otros países, a los caracteres principales de nuestro genio nacional y a otras muchas ideas y recuerdos, de que hablaría muy a mi placer si me atreviese a escribir un libro sobre las creencias de los angustiados hijos de los años caducos del siglo XIX.

(De *Ensayos y revistas*.)

LA RELIGIÓN Y LA ENSEÑANZA

LEGO muy tarde, con muy poco tiempo a mi disposición, al último punto que me había propuesto estudiar en este discurso. Y apenas oso desflorar la materia, que es lo único que ya puedo hacer, porque es predilecta para mí, la que considero más grave, más digna de atención y más compleja.

Más bien que detenido examen, que serie de ordenados raciocinios, será lo que diga de la relación religiosa de la enseñanza, manifestación casi dogmática de mi opinión, protesta de mis ideas, de mi sentir, que me obligue en conciencia a desenvolver en otra ocasión más holgada lo que ahora no haré más que anunciar y dejar demostrado.

El utilitarismo, que mata el idealismo en su faz histórica rompiendo los lazos de la civilización actual con el mundo clásico, quiere también matar el idealismo en su respecto primordial, cortando los lazos espirituales que nos unen con la idea y con el amor de lo absoluto.

De tantas y tantas horrorosas *operaciones* quirúrgicas como lleva a cabo la especulación abs-

tracta, falsa, propiamente idolátrica, ninguna tan nociva como esta que divide la realidad y deja de un lado lo que mira a lo temporal y de otro lo que corresponde a las perspectivas de lo absoluto, de lo infinito, de lo eterno. Esta malhadada tendencia abstracta, queriendo ser prudente, queriendo acabar con luchas seculares de los fanatismos, ha inventado el *laicismo* como un terreno neutral; y aunque en muchos casos, en la vida política particularmente, ha evitado graves males esta neutralidad del Estado, aunque ha sido garantía contra las pretensiones injustas de las sectas, ello es que, mal entendido por los más lo que esta posición imparcial de la vida *civil* significaba, hemos llegado, sin abandonar en idea la religión, a vivir sin religión, a lo menos la mayor parte del tiempo; hemos llegado en la especulación a la incertidumbre respecto de nuestras relaciones con la Divinidad y respecto de la esencia y aun existencia de esta Divinidad; pero en la práctica viven los pueblos más civilizados como si hubiéramos llegado a la certidumbre negativa. Bien se puede decir, aunque sea triste, que gran parte de los hombres más instruidos, más *cultos*, piensan como escépticos y viven como ateos. El agnosticismo reconoce que puede haber Dios; por boca de uno de sus más ilustres representantes, Spencer, ha llegado a confesar la realidad innegable del Ser Uno, fundamento de todo; y a pesar de esto, a pesar de que el ateísmo declarado, dogmático, es cosa de pocos, no es cosa de ningún gran filósofo moderno, en la duda de unos y en la afirmación de los más, vivimos como si la negación fuera la verdad adquiri-

da. No nace de perversión semejante estado, de perversión moral; nace de esas abstracciones que quitan a la vida ordinaria el jugo místico; y como nosotros, los tristes mortales, vivimos sumidos en lo relativo, en este suelo

De noche rodeado
En sueño y en olvido sepultado,

como dice Fray Luis de León a Don Oloarte; como toda nuestra actividad parece *laica*, porque es relativa, resulta ¡funesto resultado! que no entendemos por vida no *laica*, más que las formas de los cultos, las funciones externas de lo eclesiástico, que para los más son *rex inter alios acta*; y casi casi viene a suceder que no viven como racionales religiosos más que los buenos sacerdotes y la gente devota de este o el otro culto: y sin embargo, lo repito, nuestra filosofía actualmente no se inclina al ateísmo como se inclinaba, en general, en tiempos no remotos; lo que predomina es la reserva, la prudencia, el criterio *abierto* a todas las posibilidades, y añádase, porque es verdad, una tendencia *estética* y *hereditaria* a desear que la verdad sea afirmativa en el gran problema de lo trascendental. Y a pesar de esto, apenas se vive religiosamente. Empiezan las Constituciones de los Estados, allí donde no siguen cometiendo la injusticia de establecer la ley de las castas para las creencias, empiezan por acorrallar — esta es la palabra — a la religión, en sus cultos, en su hermosa vida plástica, simbólica; y a las antiguas teorías, hecatombes, sacrificios en lo alto de las montañas, misterios en los bosques y procesiones y

predicaciones en las calles, en los campos, al aire libre, cara a cara con el cielo, suceden las precauciones reglamentarias, policiacas, las medidas de buen gobierno para aislar los cultos como si fueran focos epidémicos, para encerrarlos entre cuatro paredes, para arrinconarlos, como se arrinconan ciertas flaquezas humanas. Por ir de prisa, refiramos esto a la enseñanza, y se verá que la abstracción de que hablo ha inventado, con apariencias de equidad y liberalismo, el mayor daño posible para la educación armónica, propiamente humana; la separación, así, la separación de la enseñanza religiosa y de las demás enseñanzas que no sé cómo llamarlas, así separadas, como no las llame irreligiosas. Porque téngase en cuenta que en este punto el abstenerse es negar; quien no está con Dios, está sin Dios; la enseñanza que no es deísta, es atea. Un ilustre profesor y filósofo español, dignísimo profesor mío, en un discurso célebre, que oían señoras, creía ser muy imparcial diciendo que como él, en conciencia, no sabía si en el mundo de lo trascendental existía un principio, la unidad divina, en suma, se abstenía de aconsejar a los suyos ni la creencia ni el descreimiento; y en consecuencia, los educaba sin prejuzgar esta cuestión. Pues yo digo, señores, con el grandísimo respeto que me merece la persona a quien aludo, que la cuestión queda prejuzgada, porque los hijos que se educan en la duda de Dios, se educan como si no le hubiera; y más diré, que si no lo hubiera, no está muy claro que fuera muy perjudicial para la buena educación portarse como si le hubiese; mientras que si hay Dios, el

prescindir de la Divinidad no puede menos de ser funesto.

Yo doy a las circunstancias históricas en este asunto, como en todos, lo que es suyo. En tal país podrá ser necesario conservar la enseñanza religiosa de un culto determinado, en las escuelas públicas, por ser exigencia racional del pueblo; en otros países son oportunos los expedientes que se usan de la previa declaración confesional de los padres de familia; en alguna parte habrá que temer la competencia de un sacerdocio exclusivista y que lleva miras extrañas a la pura fe; mas nada de esto quita que, en general, la tendencia racional en ese punto tenga que ser la armónica de la educación inspirada, en cierto respecto, en el sentimiento religioso. Dejar para el domicilio la enseñanza religiosa y en la escuela no encontrar más que doctrinas en que se mutile la realidad de la vida humana, haciendo abstracción de toda idealidad piadosa, es desconocer el principio fundamental de la educación intelectual y de sus relaciones con la educación ética y estética.

Como por lo mucho que importa terminar pronto este discurso, no me queda espacio para referirme a los autores que hablan de estos asuntos, ni para digresiones históricas, ni para cuestiones particulares dentro de esta cuestión general, me contentaré con citar una autoridad nada sospechosa de fanatismo religioso, la del malogrado Guyau, que en el libro de que hablé antes (1), trata con gran profundidad y criterio muy elevado

(1) *Éducation et hérédité*, pág. 136.